

Ocios mentales

La ciudad y el campo

Colaboración de Víctor LORZ

Odio la política. Y por concomitancia, tengo aversión hasta por aquello que es su raíz etimológica: *la polis*, la ciudad, como símbolo, fragua o centro tormentoso donde se incuban las catástrofes de la política. En realidad la he odiado siempre, quizá porque yo no sirvo para ese oficio. Digo oficio, y no retiro la palabra. Porque ahora se vive de la política, como se vive de la religión, o de hacer zapatos, o de sacar muelas. En esto ha degenerado aquello que históricamente era un arte grande y noble de orfebre: el arte de construir, pulimentar y conducir naciones. El alma de ese trabajo fino era la retórica de que hoy tanto nos burlamos. En sus buenos tiempos, la retórica (hoy charlatanería) era el arte insigne de la elocuencia, como medio de ilustrar al arconte en su silla, al juez en su tribunal, al anciano en el senado, y al ciudadano en el ágora o plaza pública. Eran los tiempos de Sócrates y Platón. Hoy la retórica, o sea la política es el arte del escamoteo o del embrollo o de poner lo de abajo arriba y lo de arriba abajo, o de darnos la *verdad oficial* que suele ser lo contrario de la verdad verdadera.

Mi aversión a la *polis* y a su hija etimológica sube de punto a medida que soy más *rico de tiempo*, o digamos de experiencia, que es la fuente superior de la sabiduría de la vida. Porque se es sabio en la medida que se es viejo. La función política, como *ars magna* o arte mayor de conducir pueblos, exige como un imperativo *a priori*, la más alta suma o posesión de sabiduría práctica que es aquella que da exclusivamente la madurez. La juventud, por su misma naturaleza, es inapta para esa función directriz y sólo puede figurar en plan de dirigida. Y llega a ser la calamidad mayor, cuando sube al puente de bitácora a coger los mandos. Y el horror sube de punto, cuando el *hombre joven* sube en plan de *hombre fuerte*. El hombre fuerte es hoy el mayor azote de América. La juventud, quizás por lo de bella, es por sí misma fatua y vanidosa. Pero la vanidad infatuada, que, con la hermosura, pueden hacer un buen papel en un salón de moda, nada tienen que hacer en un puente de mando. Más bien, la alta responsabilidad de la política se aviene mejor con el *hombre débil*, vale decir reposado, ejemplar, tranquilo, ecuánime, dueño de su cabeza y de sus nervios. Dar leyes justas y hacerlas cumplir, es todo lo que tiene que hacer el hombre público. La buena moral ciudadana hace lo demás. Pero si falta esta moral pública, que no es sino una disciplina colectivo, todo lo demás sobra: hombres y leyes.

Como me gusta la historia para maestra de la vida, tengo la vieja costumbre de meditar sobre ella. Y estoy convencido de que, a las naciones no las hunden ni la corrupción en su sentido clásico, ni la pobreza, ni la riqueza, ni la arreligión, ni la incredulidad, ni la ignorancia, ni el ateísmo, ni el libertinaje, ni ninguna de esas minucias que según las Casandras de sacristía (que explotan el *pecado* como el mejor de los filones aprovechables) atraen sobre los pueblos la cólera de los dioses. No!

A las naciones las hunden los profesionales de la política! Los políticos!

*

Conozco dos tipos de hombres: los ideólogos y los prácticos; los hombres de meditación y los hombres de acción. Aquellos son inocentes, porque el *pecado intelectual* no existe; éstos son los peligrosos. Aquellos se mueven en el mundo infinito del *pensamiento*, que es un mundo frío; éstos, en el mundo de los negocios, mundo caliente porque está en los dominios de la *voluntad* y de las pasiones humanas. Tan difícil es que un ideólogo sirva para la vida activa, como el que un hombre práctico sirva para la especulación mental. Los dos campos están divididos por alambradas difíciles de cruzar sin dejar en ellas, pedazo a pedazo, toda la moral del señor *yo*. Y si un intelectual la cruza para pasarse al coto de la política, ya es un pensador al agua, porque queda aprisionado entre las mal'as de los dogmas y la disciplina de un partido político. Desde entonces, la obediencia, los dogmas del partido, los intereses privados, o la codicia del gobierno coartan sus movimientos hasta el punto de que, en una votación parlamentaria procederá conforme a los dogmas del partido. Es cosa que no tiene remedio. No hay otro medio de servir los intereses de una agrupación política que hipotecando la independencia del propio pensamiento. Y en este caso, el pensamiento deja de ser libre. Y si un pensamiento esclavo ya no puede dirigirse a sí mismo, menos podrá dirigir el pensamiento de nadie.

*

Dije antes que el *pecado intelectual* no existe. Es por ello que está abolido en todos los códigos, siendo un axioma jurídico que "la inteligencia no delinque". Empero, por algo que es una ignominia de los tiempos presentes, el *pecado intelectual* está vigente en algunos códigos teocráticos como el de la Colombia de Gómez y el de la España de Franco. Son rezagos vergonzosos de viejas inquisiciones clericales, hoy devenidas inquisiciones civiles y para usos exclusivamente civiles. A nadie se oculta la mengua que ello significa para la libertad de pensar, cuya función, por no tener otros límites que los del pensamiento, que es infinito, tampoco puede tener otras fronteras que las del mundo, que tampoco las tiene. Pero las "ideas no se matan". Y ninguna inquisición le puede decir *non plus ultra* al vuelo del espíritu en sus exploraciones por la geografía de lo desconocido, que carece de meridianos y paralelos donde posarse y descansar. Y una de dos: o es cierto que la marcha del mundo la dirigen las ideas y no los hombres, o no lo es. Pero si lo es, la máquina de elaborar pensamiento, sólo debe obediencia a sí misma, a su propio poder de penetración. Con ayuda de este poder, que es el de la ciencia, es que vamos horadando uno tras otro, como con un taladro mágico, todos los misterios de la naturaleza, sin excluir a Dios, del que vamos sospechando, por lo menos, que ya no es un misterio sino una proyección gigantesca de nuestro *yo* en el espa-

Octavio Jiménez A.

ABOGADO Y NOTARIO

Oficina: 25 varas al Oeste de la
Tesorería de la Junta de Protección
Social

TELEFONO 2034

APARTADO 338

ENTÉRESE

Los autores latinoamericanos que quieran vender sus libros a Universidades o instituciones culturales de los Estados Unidos, pueden dirigirse a

RÓMULO TOVAR

en 909 SO, New Hampshire Ave.

Los Angeles 6. California.

También se desean corresponsales en materias jurídicas latinoamericanas en los países del Continente y se ofrecen informes sobre asuntos de esa índole.

cio y en el tiempo. ¿Llegará un día en que la ciencia ocupará su lugar? No hay nada imposible. Pero, lo que es perfectamente estúpido es, querer romper ese taladro cortándole al espíritu su sed infinita de saber. Y todo esto, ¿tiene algo que ver con el tema de la ciudad y el campo? Sí y no.

2

El *Gran Cosmos* que en el panteísmo se llama Dios, es la suma total de las cosas. Pero el cerebro u órgano del pensamiento, es el *Microcosmos* en que se dan cita (como en su centro milagroso de reunión) las *ideas* o *razones* o *arquetipos* de todas aquellas cosas. Dicho de otro modo: todo el mundo infinito de las ideas cabe perfectamente en el espacio de unos dos decímetros cúbicos que será aproximadamente la cavidad del encéfalo. Esto parece imposible y sin embargo es cierto. Pero la misma exigüidad del estrucho que guarda las ideas del *Todo*, explica fenómenos mentales que, de otro modo no tendrían explicación: por ejemplo, la asociación de ideas. Este trabajo se encabezó con la *ciudad*. Pero ésta es *polis*, y por una asociación natural de ideas la *polis* me llevó a la política y sus lacras: los partidos políticos y las sombras que éstos proyectan sobre la libertad y la moral de los hombres de pensamiento. Y por la misma asociación de ideas, aunque por la mano de la ley de los contrarios tenía que echar anclas en el *campo* (que es el contrario lógico de la ciudad) como el único refugio a que puede acogerse el hombre para guardar íntegras su libertad, su moral... y hasta sus lanas. Una vez en el campo y por lo que a mí toca, yo que en mis ocios mentales no tengo prisa en llegar a ninguna parte, aunque quisiera llegar a todas, convierto mi camino en paseo. Puedo permitirme el dejar el camino real para meterme a coger flores y frutas en todos los rincones del bosque. Pero las que a mí más me gus-